

RESEÑAS

MONTEMAYOR, Jorge de. *Segundo Cancionero espiritual*, Amberes, 1558. Edición crítica de María Dolores Esteva de Llobet. Kassel. Edition Reichenberger. 2006. 558 pp.

Por Ignacio Bajona Oliveras

Hará unos siete años que, precediendo a la presente edición de este *Cancionero*, la profesora María Dolores Esteva publicaba, en la misma editorial alemana, su edición del inédito *Diálogo espiritual* del mismo poeta y músico de origen portugués. (Vid. *Cuadernos*, núm. 25. Madrid, 2000, pp. 335-358). Dicha edición iba precedida de una documentada introducción que a la vez era un minucioso análisis de su contenido considerado en sus diversos planos (teología bíblica, ascética y teológica), a través de los cuales podía advertirse como Montemayor, judío converso, trataba de conciliar su concepción mística y alegórica del Antiguo Testamento con el Nuevo “en el contexto de una generación de humanistas entorno a la Reforma Cisneriana”(op. cit., p. 68).

Ahora, con su edición crítica del *Segundo Cancionero espiritual*, publicado en 1558 e incluido al año siguiente en el Índice de Fernando de Valdés, con la consiguiente prohibición de su divulgación y de nuevas ediciones, la profesora Esteva de Llobet nos da a conocer la evolución espiritual y devota experimentada por Montemayor al manifestar a través de este *Cancionero espiritual* una “mayor seguridad y un profundo compromiso cristiano” superados ciertos titubeos dogmáticos, propios de un converso, expresados en su anterior *Diálogo espiritual*, así que, como afirma la citada profesora, “ambas obras abren y cierran un período de inquietud espiritual del autor y representan el alfa y omega de su trayectoria devota”(*Cancionero*. p. 2).

Adentrándonos en el documentado estudio que precede a su edición crítica, y que es el fruto de largos años de investigación que le han proporcionado no solo un amplio conocimiento de la obra religiosa y devota de Montemayor, sino también del complejo panorama religioso de su época, intentaremos destacar los principales aspectos que María Dolores Esteva analiza en su estudio al frente del *corpus* poético del *Cancionero*.

Antes, pero, la editora nos ofrece la historia, primeras ediciones de los sucesivos cancioneros de Jorge de Montemayor; las familias derivadas del *Segundo cancio-*

nero que sólo recoge las obras de materia profana y las ediciones modernas: la del *Cancionero* de 1554, de la Sociedad de Bibliógrafos Españoles (Madrid, 1932) y la de la Biblioteca Castro (Madrid, 1996), que incluye la obra poética completa de Montemayor. A éstas cabe sumar otras obras y ediciones de materia devota. Y sigue a continuación una catalogación de la obra cancioneril del poeta lusitano, que ocupa casi cincuenta páginas.

Situados ya en el estudio propiamente dicho del *Segundo Cancionero espiritual*, trataremos de reseñar sus principales apartados, como son su descripción y caracteres, su estructura, sus aspectos temáticos y la exégesis bíblica y la teología dogmática expresadas en los poemas montemayorianos, a todo lo cual siguen al final las tablas de los índices y temas de la materia bíblica glosada. Estudio, en fin, que a lo largo de más de sesenta páginas, la profesora Esteva de Llobet traza una amplia y concienzuda revisión de la religiosidad y devoción expresadas por Montemayor en sus poemas, manifestando que su “intención es (la de seguir) el viaje interior hacia la parte más oscura de la obra literaria de Jorge de Montemayor, aquella que comporta desafío, temor y compromiso, teniendo en cuenta que estamos ante un escritor laico que se enfrenta al texto bíblico en su papel de exégeta garante de las fuentes de la fe” (p.73).

Y pone de relieve a continuación, en cuanto a las fuentes utilizadas por el poeta en este *Cancionero*, que, a diferencia del sistema exegetico empleado en el *Diálogo espiritual*, elaborado antes del Concilio de Trento y en cuya inspiración primaba “un clasicismo cristiano de tradición patristica y bíblica” (p.74), ahora Montemayor se inclina principalmente a la paráfrasis de los Evangelios y los Salmos, y “la relación con el dogma y la práctica devota no parecen la de un iniciado con necesidad catequética y voluntad ascética como en el *Diálogo* –recuérdese una vez más la condición de judío converso de Montemayor- sino la de un experimentado de la devoción interior. Se observa cierta evolución hacia formas de devoción más pasivas y reservadas a una intimidad de recogimiento interior” (p.75). Así como una mayor influencia de la predicación y de las formas devotas de su época (Savonarola, Erasmo, el Cartuxano) y sobre todo de la espiritualidad del arzobispo, víctima de los afanes inquisitoriales de Fernando de Valdés, Bartolomé de Carranza, a quien Montemayor llegó a tratar personalmente. Mas aunque su espiritualidad se incline hacia posiciones más abiertas, consideradas heterodoxas respecto a los principios establecidos por Trento, la profesora Esteva de Llobet sigue manifestando no compartir la tesis del iluminismo montemayoriano, difundida por Marcel Bataillon, ni que el poeta pueda relacionarse con el iluminismo valdesiano ni con las prácticas de los franciscanos más extremados, los *dexados o abandonados*.(pp.76 a 79).

En cuanto a la estructura interna del *Cancionero*, que su editora compara con “un retablo renacentista, un retablo de la vida cristiana articulado sobre la base de tres partes fundamentales (pp. 80-81), de las que, según ella, la primera encuadra el tema de la anunciación del Reino de Dios, recogido en la paráfrasis del *Missus est angelus Gabriel a Deo* –composición en octosílabos con la que se inicia el *corpus* del *Cancionero*- un amplio comentario del primer capítulo del evangelio de San Lucas”; “La segunda parte corresponde a la culminación del plan de Dios con la pasión y muerte de Jesús, que está basada principalmente en el evangelio de San Mateo” y “La tercera parte se centra en la predicación del Reino de Dios después de la resurrección y ascensión de Cristo” (pp. 80-81), parte esta última encabezada por las *Glosas a las Coplas de Jorge Manrique*, compuestas en coplas octosílabas.

A partir de tal estructura, la profesora Esteva de Llobet pasa a distinguir tres aspectos temáticos, el primero de los cuales es el mariológico, en el que considera a la Virgen como corredentora, como queda expresado en su citada paráfrasis *Missus est angelus*, compuesta en coplas.

El segundo aspecto temático considerado por la editora, y muy vinculado al anterior, lo constituye el cristológico, centrado en la pasión y muerte de Cristo. “Y es ahí, en los temas sobre la concepción del “beneficio de Cristo”, en la contemplación de la cruz, en la reflexión sobre los bienes que de ella se desprenden, magistralmente expuestos en las estrofas de la *Pasión de Christo*, donde realmente puede observarse la gran distancia entre Montemayor y los heterodoxos iluministas” (p. 89).

Y el tercer aspecto señalado por la citada profesora, es el de la predicación y catequesis, que se orienta hacia una teoría de la moral cristiana “cimentada sobre las bases de una ética interiorista y de un estoicismo neocristiano”(p.96) que se extiende a dos ámbitos: la moral individual o privada y social o colectiva, y la moral política. En cuanto al primero, “Montemayor se nos manifiesta, a todas luces, dentro de un proceso interiorista que conecta con la ideología central de la Reforma renacentista. Se trata, ante todo, del cultivo del hombre interior a partir del examen de su identidad interior” (p. 97), que, a su vez, es base de la conducta tanto individual como social. Las citadas *Glosas a las coplas de Jorge Manrique*, algunos de sus *Sonetos* y su *Aviso de discretos* constituyen un claro ejemplo de la concepción moral individual y social del poeta lusitano.

Por lo que se refiere al ámbito de la moral política, Montemayor incide en un género muy cultivado en su época cual fue el de la concepción de una ética destinada a la formación de príncipes y señores. En este sentido su *Cancionero* incluye dos textos: unos fragmentos de un pequeño tratado escrito en prosa dedicado al príncipe Felipe, *Epístola a un grande de España*, y el *Regimiento de príncipes*,

dirigido “al muy alto y poderoso señor Don Sebastián, Rey de Portugal”, quien en el momento de la publicación del texto (Amberes 1558) Don Sebastián sólo contaba cuatro años, tras haber sido proclamado rey el año anterior a la muerte de su abuelo el rey Juan III. Se trata de un largo poema en octosílabos, en el que, “inspirado en Santo Tomás, sostiene que si la sociedad es algo natural al hombre también tiene que serlo su gobierno”(p. 113).

El último apartado de este amplio estudio que precede a la edición del *Cancionero*, su editora lo dedica a la exégesis bíblica y la teología dogmática, formuladas y expresadas en las paráfrasis de los Salmos 51, *Misere mei Deus*, y 137, *Super Flumina Babilonis*. Y es que, como ella afirma, Montemayor, “en el Antiguo Testamento encontrará los secretos de la revelación y los misterios del dogma, así como el consuelo en las horas bajas de su condición de pecador”(p. 117).

La estructura parafrástica del *Miserere mei Deus*, propia de un salmo penitencial, discurre a través de XX largos períodos u Omelías, en los que el poeta utiliza el endecasílabo blanco en un total de 1792 versos. Y como todos los salmos penitenciales, en sus primeras omelías, Montemayor expresa “su angustia de pecador separado de Dios invocando su infinita misericordia”, mientras en la última “concluye con la proclamación de la gracia y misericordia divinas por todo el orbe cristiano (p. 119).

En la paráfrasis en tercetos encadenados sobre el salmo *Super Flumina Babilonis*, que expresa los sentimientos del pueblo judío sobre su exilio añorando su propia tierra, “son bellamente transferidos al terreno de la experiencia íntima y personal del poeta, quien se siente exiliado de su Sión originaria y vilmente arrojado a una Babilonia confusa (p. 119).

Siguen al apartado de estas paráfrasis unas ya citadas tablas con los índices y temas tratados por Montemayor a lo largo de todo su *Cancionero*. Es muy de agradecer que la profesora Esteva de Llobet nos ofrezca tales tablas correspondientes a cada texto editado, con las referencias bíblicas extraídas, así como de los personajes bíblicos que han ido apareciendo en los textos. Y más aún si, según confiesa dicha profesora, la confección de estas tablas ha resultado ser para ella “una tarea lenta y complicada”, dado que el poeta no cita en cada caso las correspondientes referencias, como sí lo hizo en los márgenes de su *Diálogo espiritual*, sino que sólo las “entrevera” de memoria entre sus versos. Una prueba más, aparte del gran conocimiento que la editora muestra poseer de las diversas corrientes religiosas y devotas de su siglo, de su dominio de los textos vetero y neotestamentarios.

Cierran el estudio que antecede al *Cancionero* dos apartados, como son los criterios seguidos en su edición –basada en uno de los dos ejemplares conservados en la Biblioteca Nacional– y una abundante bibliografía.

La esmerada edición del texto cancioneril, que incluye unas treinta composiciones de muy diversa extensión y con la debida indicación de su foliación respecto a la edición de 1558, ocupa unas 350 páginas del libro, al pie de cada una el lector encuentra las precisas y abundantes notas para la total comprensión e interpretación de los textos.

Y al final de la edición, una serie de índices referentes a los textos editados: índice temático, de materia bíblica, de voces anotadas, de primeros versos, etc.

“Finalmente, con esta edición –afirma Maria Dolores Esteva de Llobet– me gustaria que Jorge de Montemayor no sólo fuera el gran innovador de la literatura pastoril, sino que también ganara el puesto que se merece entre los grandes renovadores de la espiritualidad y hasta de la literatura religiosa pretridentina” (p.138).

VIVANCOS GÓMEZ, Miguel C. OSB y VILCHES VIVANCOS, Fernando. *La Biblia de Osuna*. Transcripción y estudio filológico de los textos en castellano. San Millán de la Cogolla. Cilengua. 2007, 449 pp.

Por Julio Escribano Hernández

Esta obra no es propiamente una Biblia que reproduzca el texto oficial de la Vulgata de San Jerónimo utilizado por Gutenberg para su famosa Biblia impresa, sino una colección de abundantes pasajes bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento, que fueron comentados y muy valorados en la Edad Media. La *Biblia Sacra del Duque de Osuna* (1450), que se halla en la Biblioteca Nacional, es un códice anónimo de 254 folios carente de la primera página. Quizá por este motivo se desconoce el nombre del copista que utilizó y reprodujo un texto del siglo XIII, pero quienes han trabajado y han investigado en el manuscrito, haciendo posible la publicación actual, lo atribuyen a Gregorio de Ocaña, un fraile Jerónimo del siglo XV, relacionado con la nobleza y de quien aún se conservan algunos trabajos en el monasterio de Yuso, en San Millán de la Cogolla, la cuna de nuestra lengua. No en vano ha sido en la Rioja, en el Centro Internacional de Investigación de la Lengua Española (Cilengua), donde se han reeditado los valiosos textos de este códice.

Se inicia este estudio con un prólogo del profesor Claudio García Turza que expresa con claridad las prioridades del Instituto de Los Orígenes del Español, centro del que es director, al editar las “Biblias Hispánicas”. En estas traduccio-

nes de la Biblia y en su peculiar exégesis, hecha en la lengua joven de Castilla, convergen los trabajos de hispanistas, historiadores y filólogos, que nos descubren hondas relaciones entre religión, filosofía, lenguaje, ciencia, moral y cultura en la vida de la sociedad medieval. Relaciona el catedrático García Turza la Biblia de Osuna con la Biblia de San Luis o “Biblia Rica de Toledo” (1230), conservada en el tesoro de la Catedral, sobre la que ha realizado rigurosas investigaciones.

Tras una breve introducción y selecta bibliografía, los autores Miguel Vivancos y Fernando Vilches describen técnicamente en diez páginas el manuscrito, objeto de su estudio, afirmando que la Biblia de Osuna “ha sido copiada tomando como modelo la Biblia Rica de Toledo, o Biblia de San Luis, pues reproduce hasta sus errores de distribución del texto y termina trunca, como su modelo, al cual ya en la fecha de la copia le faltaban sus folios finales. La Biblia toledana es un producto de la corte francesa, realizado entre 1226-1239 para uso del joven rey Luis IX, posiblemente por encargo de su madre, la reina viuda Blanca de Castilla”. Ambas Biblias terminan bruscamente en Ap. 19, 15-16, faltándoles el último cuadernillo que concluiría con el capítulo 22 del Apocalipsis.

Después de preguntarse por quién pudo ser el traductor de los comentarios latinos de la Biblia de San Luis, analizan la lengua de la Biblia de Osuna en sus variantes textuales de los siglos XIII y XV. Citando a Rafael Lapesa nos recuerdan que el español de los siglos XII y XIII carece de la estabilidad lograda por el largo uso de la lengua escrita, que supera las vacilaciones y la diversidad en los usos fonéticos, morfológicos y sintácticos. Descubren en el texto de los prólogos, tras un detenido análisis, los procesos propios del vocalismo de la época alfonsí: la distinción entre la “b” oclusiva y la fricativa, los cultismos latinizantes, la separación entre una “ç” para la sorda [ts] y una “z” para la sonora [dz], la simplificación de muchas grafías como “ng” = nn, uso del apócope pronominal, verbal o tras consonante difícil... En ningún momento descuidan el análisis del texto presentando el rico léxico de los prólogos, propio de una lengua en crecimiento, en la que los sufijos cultos dan origen a sustantivos abstractos a partir de los verbos.

En los comentarios bíblicos se aprecia una clara influencia anti-judía que concuerda con la mentalidad del siglo XV. Cuando comenta en el folio 12 los versículos 8 y 11 del capítulo cuarto del libro del Génesis, lo hace así: “Cayn que mata a su hermano significa los judíos que crucificaron a Jhesu Christo... Dios que maldixo a Cayn significa a Jhesu Christo que maldixo a los judíos”. El comentario que se refiere a Noé en el capítulo noveno del Génesis, explica así una parte de su contenido: “Noe que planto la viña e bebio el vino e se enbriago dello significa Jhesu Christo que planto a los judíos e beuio la pena de la cruz que le die-

ron”. “Cham que al padre desnudo escarneçe significa los judios que a Jhesu Christo quanta verguenca pudieron fizieron al qual mayormente en la cruz desnudaron”.

Por medio de los prólogos y comentarios de esta Biblia de Osuna se descubre la lengua y la vida religiosa de la baja Edad Media e incluso la cultura, las costumbres y las formas sociales de este turbulento y crítico periodo de la historia europea. No se trata de la reproducción del texto bíblico, sino de la presentación de una exégesis sobre el mismo. Ésta nos ayuda – como hemos expresado anteriormente– a conocer la evolución de la rica lengua castellana y de la mentalidad de la época.

Los autores Miguel C. Vivancos y Fernando Vilches, que nos ofrecen la presente obra en edición reducida, han transcrito cuidadosamente este valioso texto medieval para acercarnos a las raíces de nuestra lengua y de nuestra cultura.

CUENCA TORIBIO, José Manuel. *Nacionalismo, Franquismo y Nacionalcatolicismo*. Madrid. ACTAS Editorial. 2008, 220 pp.

Por Julio Escribano Hernández

Este nuevo estudio histórico del profesor Cuenca Toribio examina la etapa que discurre en España entre 1940 y los comienzos del tercer milenio, analizando su historia en cuatro capítulos bajo estos significativos epígrafes: *El Nacionalismo español entre falangistas y católicos*, *Nacionalismo y religión en juristas y pensadores del “primer franquismo”*, *¿Qué fue el nacionalcatolicismo?* y, finalmente, *El último nacionalismo español*. El autor ha enriquecido su obra, en la que investiga *sine ira et studio* la tensión entre la Iglesia y el Estado en una sociedad secularizada, con un prólogo y con un índice onomástico de 12 páginas, donde aparecen unos quinientos nombres relacionados con nuestra historia.

En el análisis sobre el Nacionalismo español, desarrollado por falangistas y católicos, presenta por un lado la posición del sector falangista de Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Pedro Laín Entralgo, Santiago Montero Díaz, Gonzalo Torrente Ballester, Rafael Sánchez Mazas y otros filofascistas que defendían sus diferencias frente a los alfonsinos y a los demócratas cristianos de la antigua CEDA. Y por otro, muestra el contrapeso de la Iglesia a la actitud totalitaria de éstos, confiada y afianzada en la grandeza política y militar, que la ponía en guardia ante la posible propagación del ideario nazi. El Cardenal Isidro Gomá y

el general Jordana se opusieron al sistema totalitario y al cardenal primado se le censuró la pastoral titulada *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*. Realmente hubo enfrentamientos entre la Iglesia y Falange en los comienzos de la era azul en los que el cardenal Gomá declaraba y repetía valientemente que el primer deber de los vencedores era perdonar. Así nos lo expresa con gran riqueza de matices el profesor Cuenca Toribio.

Desarrolla dicho autor, en el segundo capítulo de la obra, el catolicismo de García Morente, antiguo decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, durante la etapa del primer franquismo, en la que fue sorprendido por la muerte inesperada en diciembre de 1942 tras su conversión y ordenación sacerdotal. Como admirador del pensamiento de don Manuel, transcribe párrafos antológicos de su obra *Ideas para una filosofía de la historia de España*, de los que seleccionamos el siguiente, relacionado con el hallazgo del nuevo mundo: “Aquellos hombres que se fueron a América no a comerciar ni a vigilar los mares, sino a vivir, simple y absolutamente a vivir, sentían en su vida, como eje de su vida, el cristianismo. Para ellos, ser era ser cristianos; para ellos vivir era vivir vida cristiana; para ellos organizar una existencia colectiva era organizar un foco de cristiandad. Los conquistadores y pobladores españoles que iban a América a poblar, iban, pues, a cristianizar el país. Jamás falta el sacerdote, el religioso, el misionero en los grupos de españoles que desembarcan en las costas americanas. Los descubridores denominan, invariablemente, los parajes con nombres de santos; dondequiera que se establecen, construyen iglesias, levantan monasterios, y el ejército de los exploradores que se lanzan sobre la selva o por la inmensa llanura no va seguido ni precedido, sino acompañado siempre por el santo y valeroso misionero, campeón pacífico de Cristo, foco ardiente de luz y de amor para las pobres almas de los indígenas desamparados”. En los escritos de Morente y en los de otros pensadores de la época clarifica el autor la relación entre la religión y el nacionalismo. Por las páginas de este apartado sobre juristas y pensadores desfilan Areilza, Castiella, Sainz Rodríguez, Vallejo Nájera, Martínez Santa Olalla, del Valle Pascual, Legaz Lacambra, Sánchez Agesta, Aguado Bleye, Asián Peña, Elías de Tejada, Gamba, D’Ors, Vallet de Goytisoló, Canals, Lojendio e Irure, Pemartín, Pemán, Vigón, Vegas Latapié y otros personajes relacionados con la configuración de un régimen franquista en el Estado Nuevo, surgido de la contienda.

El tercer capítulo responde al interrogante qué fue el nacionalcatolicismo. En él se estudia ese periodo de la historia de España que hunde sus raíces en el carlismo del siglo XIX y da nombre a las relaciones entre la Iglesia y el Estado durante el franquismo. Es el periodo en el que se mezclan tanto la política y la religión que

hay obispos en las Cortes hablando como políticos y políticos actuando como obispos. En España se sentía la estrecha relación entre la Iglesia Católica y el Estado que se resumía en la conocida consigna *Por el Imperio hacia Dios* y en el lema de San Pablo repetido por Pío XII en su pontificado: “Instaurare omnia in Christo”. Con estos sentimientos político-religiosos se deslizaba la vida durante la dura posguerra en la que Franco, “Caudillo de España por la gracia de Dios”, obtuvo el reconocimiento internacional en el marco de una guerra fría de los demócratas vencedores, que necesitaban diques para contener sus ambiciones. Esta España del nacionalcatolicismo la describe Cuenca Toribio con ricos y variados matices: *El mar de mantillas “españolas” en los desfiles procesionales y festividades de Jueves y Viernes Santo, las Santas Misiones multitudinarias, los ignacianos Ejercicios Espirituales colectivos, la masiva recepción de los Sacramentos, las misas dominicales al completo del vecindario y la feligresía, los skeths de NODO y los vivas ¡España por el Papa y el Papa por España! en las peregrinaciones y conmemoraciones romanas (...) obispos construyendo barriadas obreras y ministros edificando iglesias*. Será a partir del Concilio Vaticano II, al finalizar la década de los 60, cuando los católicos se irán apartando del régimen, desmoronándose un sistema que se veía caduco.

En el estudio que dedica al último nacionalismo español se centra en la figura de Menéndez Pidal, fiel discípulo de Menéndez Pelayo que reflexiona sobre *Los españoles en la historia* y teme que se rompa el equilibrio entre sus tendencias centrífugas y centrípetas, entre la región y la nación, llegando al desmembramiento de la unidad, restaurada y forjada por los Reyes Católicos en la Edad Moderna. Para Menéndez Pidal, el rasgo permanente del temperamento español es la sobriedad: “*Dos mil años, con modificaciones raciales que las invasiones y mezcla de pueblos pueden traer consigo, no han sido nada para borrar ese carácter, y hoy sigue siendo proverbial, como antes, la sobriedad del soldado español y del obrero español, que hace de él mecanismo humano de poco consumo y de buen rendimiento. Es rasgo básico, donde lo somático se muestra en misteriosa relación con lo espiritual. El alma hispana es también sobria, no se ve apremiada por muchas necesidades (...) Esta sobriedad psicológica implica sencillez en todas las manifestaciones de la vida*”. Como gran conocedor de Ramón Menéndez Pidal, el catedrático Cuenca Toribio analiza el curso de su pensamiento al que ilustra con citas antológicas sobre la sobriedad, idealidad e individualismo de los españoles. Realmente son rasgos que definen a un pueblo generoso, religioso y celoso de su unidad. Sin embargo, para rebajar el triunfalismo de los vencedores en el conflicto civil, Menéndez Pidal trata también el tema de las dos Españas: “*Entonces, desde comienzos del siglo XVIII, la unidad espiritual de los españo-*

les, que en los dos anteriores siglos se manifestaba al exterior firme, perfecta, con débiles escisiones tan solo en puntos accidentales, deja ahora ver sus quiebras profundas, poniendo en pugna dos ideologías frecuentemente exaltadas al extremo. Los puntos de divergencia son muy varios según los tiempos, pero en el fondo se lucha siempre por motivos religiosos". Para el autor del libro, Menéndez Pidal prestó respetabilidad científica al nacionalcatolicismo y llegó a legitimar intelectualmente algunas parcelas del franquismo.

Tras relacionar con el último nacionalismo español a Pedro Laín Entralgo, Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez-Embid, Julián Marías, Joaquín Ruiz-Giménez Cortés y a otros personajes, pone flecos al tema de este denso estudio con la polémica de Claudio Sánchez-Albornoz y Américo Castro sobre el pasado y la identidad de los españoles. Y para no dejar nada sin examinar, prolonga el estudio del nacionalismo español hasta los comienzos del siglo XXI.

Se trata de una obra objetiva, densa y completa que sólo puede entregar al lector, avezado en los estudios de nuestra historia contemporánea, un historiador con la capacidad del catedrático Cuenca Toribio, director de cuarenta y nueve tesis doctorales e investigador incansable que ofrece sus frutos con el rico lenguaje del hablante en sesenta y un libros e incontables artículos.

UÑA JUÁREZ, Octavio. *Puerta de salvación*. Prólogo de Rosa Navarro Durán. Barcelona. Biblioteca CYH, Ciencias y Humanidades. 2008, 97 pp.

Por Julio Escribano Hernández

En la obra de Octavio Uña se mezcla la voz renovada del poeta con el hondo pensamiento del filósofo y con la apertura al misterio del místico tras larga noche oscura. Se trata de un canto cósmico en el hondón religioso de Castilla como lo habría hecho Virgilio si hubiera visitado la Hispania Ulterior, San Agustín si hubiera desandado el camino de Egeria, Santa Teresa si hubiera fundado en Zamora o Unamuno si hubiera roto el horizonte del crepúsculo salmantino, seleccionado en su habitual paseo donde convergen los caminos de Valladolid, Toro y Zamora. Pero estos amantes y maestros de la palabra dejaron en barbecho y en erial el campo zamorano, para que su discípulo Octavio lo cultivara con la mejor semilla y nos ofreciera dorados frutos regados por el gran río, "luz y raíz del árbol de la vida". Desde su primer libro *Escritura en el agua* (1976) hasta el que

hoy nos ofrece, *Puerta de Salvación* (2008), nos evocan sus poemas sentimientos y poéticas palabras que podemos asignarle con justicia en su inolvidable recinto escurialense: “Borbollón de agua fresca bajo el pino verde. Eso eras tú. ¡Qué bien sonabas!”

Y es que en Octavio Uña el agua, en frase de Hernando Cuadrado, “encarna la oceánica posibilidad de encontrar, retomar y traducir la vida”. Con ella surge el camino de Ulises a Ítaca, el nacimiento de Venus entre espuma, la imborrable huella del apóstol de la Buena Nueva Pablo de Tarso y el umbral de la aventura donde se dialoga con la vida y la muerte: “plantadas en el mar vidas y obras,/ hermosos edificios, vivas calles,/ ciudad real audible”; “Era de amor la mar: era Afrodita / un dicho de la luz, salinamente en vuelo/ Que llena de los dioses va la mar, mas hoy se esconden/ porque triste es el mundo”; “El ancho libro de la mar, viajero:/ ayer y así, antesdeayer y siempre/ misma la sal, exacto el beso y látigo”; “Oh mar, llegar hasta ti”; “Narran que fue sepulcro el mar, nunca memoria”; “Los que embarcan su alma y sus enseres,/ ¿sabes si volverán?”. Como el agua viva, creadora de ricos paisajes, así es la poesía de Octavio siempre abierta a lo ilimitado, misterioso y profundo. Rompe el localismo profundizando en las históricas raíces, donde convergen los pueblos, a la vez que rinde claro homenaje a la sabiduría del viajero incansable y lleno de futuro.

Puerta de Salvación, definido como “uno de los libros más audaces de la poesía española de los últimos tiempos”, comienza con un prólogo de Rosa Navarro Durán, Catedrática de Literatura española de la Universidad de Barcelona, que describe acertadamente los cinco espacios de la obra: 1) La navegación por el mar de nuestros clásicos; 2) Hablando con Unamuno; 3) Por campos de Castilla y León, con Zamora en primer plano; 4) Exhortación a Don Quijote; 5) En el umbral de la puerta de salvación. Como una coda musical a esta rica obra poética aparece el Pregón de la Semana Santa zamorana pronunciado por el autor el Domingo de Ramos de 2002.

El primer espacio, *Oversee*, la palabra inglesa que invita a la vigilancia, a la observación y a la atención, nos lleva a salir de la isla de lo íntimo surcando aguas que han inspirado la obra de Octavio Uña: *Labrantíos del mar*, *Crónicas del Océano* y poemas sueltos que evocan al Duero, al Atlántico, al lago de Sanabria, al río Tera e incluso al chopo, fiel centinela del agua. La mitología clásica se desgrana en las olas “de abismo y aquilón”: “Argos vigila y el amor espera/ si el anuncio llegara por la mar...”; “siempre lejos/ de la dulce Calipso y sin historia”; “Dicen que vio a Caronte verde y vivo”; “Con ira irán hacia la tarde todos/ al sino de la Aornia, sólo sueño/ sin rostro y sin memoria”; “Suena a veces también el aquilón o viento triste,/ iras trae de Héctor o de Ajax, quizá el Cíclope”; “Ya Neptuno censó vidas y

oficio"... Las atrevidas y lúcidas metáforas han expresado la honda sabiduría oculta en la palabra exacta.

El segundo espacio es un diálogo con Unamuno, místico y poeta, abatido por la muerte de doña Concha, en 1931. "Descansa en Dios" escribió en el duro mármol del alto nicho salmantino, para dejar sobre el suyo versos evocados por Octavio en breve apunte: "Duro bregar es, Don Miguel, la vida: gran roquedal, Peña de Francia, blanco Gredos". Los *Misereres para Unamuno*, doce poemas, ya cantados en *Barcarola: Revista de Creación literaria*, nos familiarizan con el pensamiento y la sensibilidad clásica: "Ay Don Miguel, que si la vida un llanto,/ un llanto fosa adentro".

En el tercer apartado repican y doblan sonidos de la tierra evocando costumbres y fiestas en la vida que se estrena en la pascua de cada primavera: "Viajero, si leyeres 'Cochinillo / confitado en aceite picual / con patata al ajopollo y cebollita / glaseada, no hayas duda / tratase / de la vieja sazón, que antiguas manos / laboraron festivas". Comenta Rosa Navarro que el espacio descrito por el poeta es real "se reconocen los pueblos, se puede uno sumar al canto de las coplas, o conmoverse ante el Cristo que va por Rua Oscura, reluciendo los oros de Juni o Berruguete. Y se oye la monotonía del reloj, con sonos machadianos". A la vera de este camino está el Cristo con todo un pueblo anclado en sus raíces.

Y no podía faltar en este pueblo zamorano el caballero universal, al que se invita a dejar las armas y solazarse en la paz de la aldea: "Nunca espada por báculo, Quijano, / siempre al día, a la luz, nunca a la estrella / siempre al día, a la luz: los largos sueños / duerman sus sombras"; "Haga la paz, señor, y hasta perpetua / con batán, vizcaíno y las legiones / de lacayos cobardes y cabreros". La paz para el pueblo, la paz para don Quijote y la paz para los poetas que la fabrican y anuncian mientras nos acercan a la puerta de salvación.

En dieciséis poemas queda la impronta de su hacer poético con inquietas preguntas de sentido. De nuevo, a golpe de verso, dialogan Virgilio, San Agustín, Santa Teresa o San Juan y Unamuno con su discípulo de Brime de Sog y lo felicitan por su obra, en la que el fértil campo zamorano ofrece sus mejores frutos, pregonados con clarinazos de primavera que impiden siestas históricas. Octavio Uña, zamorano ilustre, poeta imprescindible, viajero reconocido en más de veinte países, licenciado y doctor en cinco disciplinas es el mejor ejemplo. Si Leopoldo Alas lo hubiera conocido, seguro que habría saboreado los frutos del Duero.

LÓPEZ BARBADILLO, Joaquín. *Cancionero de amor y de risa en que van juntas las más alegres, libres y curiosas poesías eróticas del Parnaso español, muchas jamás impresas hasta ahora y las restantes publicadas en rarísimos libros*. Edición y estudio introductorio de Julia María Labrador Ben y Alberto Sánchez Álvarez-Insúa. Sevilla. Ediciones Espuela de Plata. 2007, 288 páginas + 4 hojas (Colección Los Humoristas, 2).

Por *Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo*

Tras rescatar *Las mil peores poesías de la lengua castellana* (1973), de Jorge Llopis, la editorial sevillana Espuela de Plata prosigue su colección Los Humoristas brindándonos ahora otro raro tan donoso como picante: el *Cancionero de amor y de risa* (1917), de Joaquín López Barbadillo (1875-1922), recuperación oportuna si las hay, puesto que la única impresión posterior —el facsímil de Ediciones Akal (1977)— quedaba ya algo alejada en el tiempo.

Se debe la edición a la curiosidad y el buen hacer de dos solventes estudiosos: Julia María Labrador Ben y Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, quienes no hace mucho habían colaborado también en el rescate de Ángel Rodríguez Chaves (2001), y que han venido centrando sus mayores esfuerzos en la literatura, el periodismo y la labor editorial del primer tercio del siglo pasado, con trabajos de Labrador Ben sobre la Editorial Cisne de Barcelona (2005) y Artemio Precioso (2006), dentro de la impagable colección de *Literatura Breve del CSIC* dirigida por Sánchez Álvarez-Insúa, quien, tras su *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*, publicada en 1996, ha impulsado el ambicioso proyecto de recuperación —bien avanzado hoy— de las colecciones que nacieron a raíz del éxito de *El Cuento Semanal*, entre otros trabajos de tanta relevancia como la edición de la *Obra crítica de Enrique Díez-Canedo* (2004).

Humor, y de buena ley, nos ofrece la traviesa y retozona musa que inspira la recolección del *Cancionero de López Barbadillo*, quien tuvo entonces la osadía de difundir el que consideró con buen criterio «un tesoro de arte literario procaz, desvergonzado, rudo, agrio, pero de un enorme valor documental para la historia de costumbres e ideas en la tierra española, y, sobre todo, de un valor inmenso como venero de alegría sana y fuerte, de risa abierta y franca, de donaire bendito» («Nota preliminar», p. 100). Un tesoro que reúne un total de 65 composiciones, del siglo XV al XIX, entre Alfonso Álvarez de Villasandino y Juan Martínez Villergas, de atribución insegura muchas de ellas, incluidas las pertenecientes a Quevedo y a Samaniego, los dos autores más representados en el *Cancionero*, con 18 y 9 composiciones, respectivamente. A estos se añaden, anónimos aparte, versos debidos a

ingenios tan varios como Antón de Montoro, Rodrigo de Reinosa, Sebastián de Horozco, Luis de Góngora, Manuel de Pina, Francisco Porras de la Cámara, fray Damián Cornejo, José Iglesias de la Casa, Tomás de Iriarte, Bartolomé José Gallardo, el duque de Rivas, Antonio Alcalá Galiano y Antonio García Gutiérrez, que citamos siguiendo el orden, cronológico, en que se disponen en el libro. Labrador Ben y Sánchez Álvarez-Insúa agregan en su introducción sendas composiciones de Iriarte y Samaniego, y prolongan la muestra en el tiempo, llevándola hasta el siglo XX con dos textos más de Manuel del Palacio y Francisco Acuña de Figueroa. No caeremos en el error de recriminar a sus editores de hoy el regalo de nuevas composiciones que aumentan, sin traicionarlo, el espíritu del libro original. Es su personal aportación, loable sin duda, a los textos recogidos por Barbadillo, cuya transcripción tal vez hubiera ganado —séanos permitida una leve discrepancia— con un menor apego al original, modernizando la acentuación con criterios de hoy y evitando de paso alguna errata reacia a la enmienda.

Desde el punto de vista histórico-literario, y también textual, el mayor interés del libro reside en su excelente «Estudio introductorio» (pp. 7-95), con una ajustada y precisa información biobibliográfica (pp. 11-31) de quien fue periodista, autor teatral y recolector de la breve «Colección Clásica de Obras Picarescas» (1907-1908), y sobre todo de la más extensa «Biblioteca de López Barbadillo y sus Amigos» (1914-1924), con 20 tomos, que, a pesar de que el título general pudiera inducir a pensar otra cosa, fueron preparados y en su caso traducidos por el propio Barbadillo, también los tres últimos, póstumos, en cuya edición colaboró José Bruno.

De ellos nos dan puntuales noticias (pp. 15-29) Labrador Ben y Sánchez Álvarez-Insúa, incluyendo las fichas de las reediciones recientes (pp. 29-31), que las hay. El séptimo de estos 20 volúmenes fue nuestro Cancionero, al que sus editores dedican muy acertadamente la parte principal de su estudio (pp. 32-71), con las referencias de las dos ediciones previas (p. 32), sus antecedentes (pp. 33-34) y contenidos (pp. 34-35), y el detalle de las autorías y atribuciones, bien documentadas poema a poema (pp. 35-71). El lector curioso encontrará aquí precisadas las fuentes, y reconocidas, discutidas o rechazadas las respectivas paternidades de los textos con muy atinado conocimiento, buen manejo de los estudios pertinentes, y excelente juicio y ponderación.

A la conclusión (p. 72), índice de primeros versos (pp. 73-78) —que habría sido de mayor utilidad, creemos, al final del libro— y adenda antes mencionada (pp. 79-82), sigue la bibliografía, desglosada en una breve parte específica (pp. 83-84) y otra, más extensa, que da cuenta de las obras consultadas para determinar las autorías de los textos seleccionados (pp. 84-95).

Se cierra con ello un trabajo, encomiable no solo en el contenido sino en la forma, del que resulta un libro tan atractivo por fuera como por dentro: sobrio y elegante en el diseño, claro y limpio en la impresión, chistoso y desenfadado en los sucesos, burlón y licencioso en la intención, que Julia María Labrador Ben y Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, atentos a «no ofender al cielo y alegrar un poco la tierra» como en su día Joaquín López Barbadillo, han tenido el gran acierto de ofrecer a los lectores del siglo XXI.

OCTAVIO PICÓN, Jacinto. *Cuentos completos*. Edición crítica de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo. Madrid. Fundación Universitaria Española. 2008, 2 vols., 441 pp. y 460 pp.

Por *Elena Palacios Gutiérrez*

Intelectual comprometido, crítico sagaz y narrador excelente, Jacinto Octavio Picón, con el devenir de los años, ha permanecido a la sombra de otros literatos de su época, tales como Galdós, Valera, Pereda o Pardo Bazán, bien conocidos por el público. A pesar de haber sido leído, discutido y admirado en su momento, casi cien años después, hubiera continuado en el olvido de no ser por la ingente y minuciosa labor de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, quien ha realizado la difícil tarea de reunir y editar sus cuentos completos.

Octavio Picón es autor de una obra bastante extensa que fue recogida con anterioridad en los 13 volúmenes de sus *Obras completas* (1909-1928), en los que, sin embargo, no se incluyó una buena parte de su producción cuentística, pues un elevado número de narraciones breves quedó disperso entre las páginas de las revistas y diarios de su tiempo. Todos ellos aparecen ahora reunidos en esta publicación.

Los *Cuentos completos* de Octavio Picón se presentan en dos volúmenes que, sumamente cuidados en su aparato crítico, abordan la narrativa breve del autor. El tomo I cuenta con una introducción explicativa de los criterios de edición, donde se tratan aspectos como las variantes ortográficas o la puntuación, teniendo en cuenta las diversas versiones de cada uno de los cuentos, con preferencia por las más modernas y por las aparecidas en libros y no en prensa. A continuación, se adjunta una exhaustiva bibliografía de los relatos publicados tanto en libros, revistas y periódicos, como en colecciones, series, álbumes, almanaques o

misceláneas. Igualmente, se da referencia de las traducciones, de los repertorios bibliográficos y de los estudios sobre su figura, todo ello perfectamente clasificado y detallado en diferentes apartados.

Tras ciertas indicaciones sobre el uso de las siglas y una relación cronológica de la producción cuentística del autor, Esteban Gutiérrez procede a insertar las narraciones, siguiendo para ello un criterio cronológico. En cada uno de los cincuenta y siete cuentos del primer volumen, hace mención de las fuentes consultadas, así como anota a pie de página todas las variantes existentes. Títulos notables son “Después de la batalla”, “Boda deshecha”, “Virtudes premiadas”, “La amenaza”, “Los triunfos del dolor” o “Agua turbia”, que sirven de referencia para mostrar el abanico temático tratado, con asuntos como la religión, los usos amorosos, la cuestión social, la situación de la mujer...

El tomo II, que evidentemente mantiene los mismos criterios de edición, se abre también con unas notas sobre Octavio Picón. Se insiste en su dedicación preponderante a la vertiente cuentística, por encima de la novelística, a lo largo de toda su vida, salvo ciertos altibajos en periodos determinados, y a pesar de la limitada estima con la que se veían este tipo de manifestaciones. Se buscan, además, similitudes con otros narradores coetáneos y se concluye con la idea de que Picón poseía una gran calidad a la hora de redactar sus ficciones. Este segundo volumen reúne un total de sesenta y siete obrillas entre las que destacan, por su calidad literaria, “La prueba de un alma”, “Santificar las fiestas”, “El último amor”, “Divorcio moral” o “La flor de la patata”. Al final, se adjuntan unos apéndices que, a modo de miscelánea, agrupan algunos escritos breves que no pueden considerarse estrictamente como cuentos.

A la espera de la publicación del análisis pormenorizado de los relatos -de su temática, coordenadas espacio-temporales, personajes y otros asuntos varios de interés- en proceso de elaboración por el propio Esteban Gutiérrez, podemos darnos por satisfechos con esta edición, que evidencia el trabajo casi puntillista de contrastar las abundantes versiones de tantos cuentos para acercarnos y recuperar la figura prácticamente olvidada de Jacinto Octavio Picón.

OLMEDO RAMOS, Jaime. *Sensación de Universo*. Madrid. Devenir. 2008, 83 págs.

Por Miguel Argaya

Es éste un libro inusual en la poesía española de los últimos años. Desde luego, es inusual su pulcritud externa tanto como su tono poderoso y marcadamente castellano. La primera impresión que tiene quien lo lee es de incontestabilidad, como si estuviera ante una formidable construcción pétrea, acaso herreriana, sobria. El lenguaje es extremadamente culto, pero a la vez discreto; parece hermético de entrada, pero no pesa. Se diría que el autor no desea *epatar* al lector con una sobredosis de erudición, al estilo del culturalismo novísimo, sino definir con precisión las reglas de un juego trascendental: el de su propia obra. Porque en esta lectura hay que adentrarse consciente de que se aceptan las normas que Jaime Olmedo impone y sin las cuales no es posible seguir en la partida.

Lo que Jaime Olmedo nos pide es que, como lectores, demos un paso al frente, que nos fiemos de él, que hagamos de él nuestro Virgilio en el paseo dantesco de la creación poética, que aceptemos lo que Sánchez Ferlosio llamó "*el estatuto esencial de la palabra: la lealtad entre hombres*". Frente a tanto poeta joven endiosado y encastillado en su presunto estro poético, Jaime Olmedo traza con humildad los cimientos de una nueva manera de acercarse a la poesía. Y aquí viene lo interesante: porque una vez aceptadas las reglas del juego, una vez suscrito el pacto de sinceridad mutua que se nos propone, no encontramos una sala vacía, sino una personalidad jugosa que se exprime y se entrega al lector sin ambages. Lo que hay en el hondón del laberinto es una verdad personal abierta al diálogo con quien se atreva. Hay habitante, hay hombre y hay autor, que no es poco en un momento tan penoso para la lírica española, dramáticamente instalada en el teatro plano de la ausencia, del vacío autorial, de los relativismos lectores.

Quienes conocemos a Jaime Olmedo sabíamos desde hace tiempo que un poemario suyo no podía dejarnos indiferentes. Su lucha constante a favor de la fusión de fondo y forma en la poesía, que es una apuesta por la creación de contenido sin ceder ni un ápice en cohesión estética, le había situado como uno de los principales puntales teóricos para quien quisiera dar una salida airoso a la estancada poesía actual. Sólo nos faltaba este muestrario práctico realmente formidable, que certifica que no todo está perdido.

Si es verdad -como se nos asegura- que el libro ha estado en barbecho muchos años, no lo es menos que se nos entrega con una frescura inédita. Benditos los tardíos, porque de ellos será el tiempo y la medida.

SALVADOR MIGUEL, Nicasio y MOYA GARCÍA, Cristina, eds., *La literatura en la época de los Reyes Católicos*. Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert. 2008. Biblioteca Áurea Hispánica, 52.

Por Héctor H. Gassó

Los días 24 y 25 de mayo de 2007 se celebró en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid el Seminario Internacional Complutense *La literatura en la época de los Reyes Católicos*, organizado por el profesor Nicasio Salvador Miguel, quien reunió para la ocasión a algunos de los más destacados especialistas en la literatura castellana del siglo XV. Se publica este año el volumen *La literatura en la época de los Reyes Católicos*, como fruto de esas dos intensas jornadas de trabajo, y en el que se recogen las quince conferencias dictadas para la ocasión, además de un breve prólogo del propio Nicasio Salvador, editor de la obra junto a Cristina Moya García.

En una breve introducción ya se explicita el porqué de aquellas jornadas y de su resultado material: el profundo interés de Nicasio Salvador por la reina Isabel y su entorno, que le han llevado a convertirse en la máxima autoridad en la materia, y su concepción de una metodología basada, en palabras del autor, en el indisociable binomio constituido por la filología y la historia, aspectos que se evidencian tras una lectura de los diferentes artículos que conforman el ejemplar que nos ocupa. En éste encontramos diversas posibilidades de acercamiento a la situación literaria y cultural del último tercio del siglo XV: estudiosos de la literatura medieval (Alan Deyermond, Joseph T. Snow, Miguel Ángel Pérez Priego, Ángel Gómez Moreno o el propio editor por citar algunos), historiadores, como Cristina Segura Graíño, latinistas, como Teresa Jiménez Calvente, y jóvenes investigadores formados en el equipo de investigación que el profesor Salvador Miguel dirige en la Universidad Complutense (Cristina Moya García, Ainara Herrán Martínez de San Vicente o Marina Núñez Bernalova).

Partiendo de estas premisas, el libro ofrece quince sugerentes artículos, que nos brindan relevantes aportaciones necesarias para entender un poco más la literatura gestada en torno a los Reyes Católicos, atendiendo no sólo al hecho literario en sí sino también al contexto cultural e histórico en que se producen.

Álvaro Alonso (pp. 11-31) nos introduce en algunos hitos del teatro castellano de finales del siglo XV, a través de la reciente y extensa bibliografía sobre el tema aparecida desde 1995, sin olvidar los espectáculos parateatrales y aquellos otros géneros que, sin ser teatrales, recogen diferentes elementos propios de la representación teatral. Este recorrido por el teatro y lo teatral durante el reinado de los Re-

yes Católicos se cierra con una extensa bibliografía final que nos permite conocer las aportaciones al tema efectuadas en fechas recientes.

Dominique de Courcelles (pp. 33-44) se acerca a la historia del periodo no a través de los cauces historiográficos habituales (cronistas e historiadores adscritos a la corte de Isabel y Fernando), sino centrándose en el análisis de dos importantes textos caballerescos: *Amadís de Gaula* y *Tirant lo Blanc*. A través de ellos intenta explicar cómo se construye la historia desde el terreno de la ficción y cómo esa percepción es asimilada por los lectores de fines del XV.

El profesor Alan Deyermond (pp. 45-58) nos ilustra acerca de dos obras adscritas a la ficción sentimental (*Grisel* y *Mirabella* de Juan de Flores y *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro), pero analizadas esta vez a la luz de su relación con la corte castellana de Isabel y Fernando, atendiendo a las semejanzas y diferencias de los protagonistas con personajes cortesanos reales del periodo, incluidos los propios monarcas e, incidiendo especialmente, en los paralelismos entre Grisel o Leriano y el desdichado príncipe don Juan.

Ángel Gómez Moreno (pp. 59-77) presenta un excelente artículo en el que pone de relieve la intensa relación que hubo entre las universidades españolas y los Reyes Católicos, un tema no demasiado estudiado y que en los últimos tiempos está cobrando actualidad, pues sin tener presente esta circunstancia es difícil llegar a comprender la realidad cultural, e incluso social, de España en el último tercio del siglo XV. El estudioso repasa la situación de estas instituciones en la época y destaca la participación de los intelectuales universitarios en la vida del reino, basándose en algunos de los que redactaron consolatorias a la muerte del primogénito don Juan. Finaliza recordando el empeño de los monarcas en dinamizar la cultura durante su reinado y sus constantes aportaciones en este sentido: creación de universidades, facilitar la importación de obras extranjeras o su decidido apoyo a la difusión de la imprenta.

Ainara Herrán Martínez de San Vicente y Marina Núñez Bespalova presentan dos artículos complementarios, que nos avanzan algunas líneas de lo que será su tesis doctoral. Ambas trabajan, bajo la tutela del profesor Nicasio Salvador, sobre el mecenazgo literario en la época de los Reyes Católicos. En el primer caso, Aina- ra Herrán (pp. 79-101) comienza destacando las características más importantes del mecenazgo en la época de los Reyes Católicos para, a continuación, profundizar en las particularidades del mecenazgo literario de los hombres del clero, de los que destaca su buena posición económica y su sólida formación intelectual, citando algunos ejemplos representativos. Pasa inmediatamente a estudiar qué tipo de textos eran los que recibían o solicitaban patrocinio eclesiástico y ofrece una tipología de éstos atendiendo a la lengua utilizada y a la adscripción temática y genérica,

destacando en todo momento la importancia de los exordios para estudiar las relaciones autor-mecenas. Por su parte, Marina Núñez (pp. 167-188) comienza comparando algunas peculiaridades del mecenazgo nobiliario italiano, para contraponerlo al castellano encabezado por la reina Isabel. A partir de aquí nos ofrece una interesante definición del término *mecenazgo* y define las formas que presenta dicha actividad. Seguidamente, establece algunas de las causas que originan y propician el patrocinio literario por parte de la nobleza castellana y concluye reivindicando una visión interdisciplinar para el estudio de este fenómeno tan frecuente durante el reinado de los Reyes Católicos.

Teresa Jiménez Calvente (pp. 103-125) lleva a cabo un interesante análisis de los maestros de latinidad en la corte de los Reyes Católicos. Partiendo del contexto cultural de la época y prestando especial atención a la labor de las universidades castellanas, y en especial la de Salamanca, la autora incide en la relación de éstas con los monarcas y en cómo alguno de sus principales docentes, tal es el caso de Pedro Mártir de Anglería o Lucio Marineo Sículo, pasaron pronto a prestar servicios a la Corona que influida por el modelo del *rey sabio* los financia y promociona. Este ejemplo dado por los soberanos se deja sentir en todo su entorno, lo que propicia la demanda de hombres de letras para educar tanto a los propios cortesanos como a los hijos de éstos, fomentándose así el mecenazgo literario. Asimismo, y producto de este ambiente, se genera un interés real por el latín como lengua vehicular del saber, hecho que proporciona a estos eruditos latinos la posibilidad de desarrollar su actividad literaria dentro de la corte de los Reyes Católicos.

Santiago López-Ríos (pp. 127-144) continúa con su línea de investigación sobre la vida del Duque de Calabria y presenta en este volumen un esclarecedor artículo sobre la educación de este personaje durante su juventud en Nápoles, aportando datos relevantes sobre el entorno en que creció y se educó el joven Fernando de Aragón (pese a las lagunas documentales existentes sobre esta etapa de su vida), teniendo en cuenta la influencia recibida de sus padres y, en particular, de su madre Isabel del Balzo. Destaca también el significativo ascendiente ejercido en su formación por Crisóstomo Colonna, a quien se confía su educación, y el ambiente cultural de la corte napolitana en aquel momento, pese a las turbulencias políticas que sacudieron el reino aquellos años y que acabaron determinando su futuro. En definitiva, López-Ríos reconstruye muy acertadamente un momento de la vida del Duque de Calabria que nos ayuda a comprender su posterior apoyo y mecenazgo a la cultura.

Cristina Moya García (pp. 145-166) analiza algunos de los hitos historiográficos de Diego de Valera elaborados durante el reinado de los Reyes Católicos. Su producción literaria corre pareja a su actividad política al lado de Isabel y Fernando a

los que el prolífico intelectual apoyó desde los primeros momentos de su andadura, incluso antes de su advenimiento al trono, y a los que sirvió en múltiples puestos y tareas. La investigadora se centrará en cuatro de sus obras historiográficas (la *Valeriana*, el *Memorial de diversas hazañas*, la *Crónica de los Reyes Católicos* y la *Genealogía de los Reyes de Francia*) cuyo contenido detalla. A continuación, extrae las características comunes de las tres primeras y examina exhaustivamente el papel de Valera en estas obras desde dos perspectivas diferentes: el narrador, lo que permite al autor implicarse en la historia y exponer su visión personal, y el personaje histórico, rol que aprovecha para refirmar sus actos pasados y resaltar su actuación política. El artículo se cierra con unas breves reflexiones sobre el papel propagandístico de estos textos.

Devid Paolini (pp. 189-205) aborda el siempre fascinante tema de las relaciones entre Italia y España a finales del siglo XV y, más concretamente, atendiendo al trato dispensado por los humanistas italianos a los Reyes Católicos. Y lo hace focalizando su atención en un suceso que tuvo gran repercusión, no sólo en Italia sino en todo el Occidente medieval: la toma de Granada en 1492. A lo largo de estas páginas, Paolini nos ilustra sobre las fiestas y celebraciones conmemorativas que se sucedieron por toda Italia. Además presta atención a los múltiples panegíricos que los humanistas italianos dedicaron a los monarcas españoles, sin olvidar aquellos textos dedicados a lamentar el atentado que Fernando sufre en Barcelona ese mismo año de 1492.

Miguel Ángel Pérez Priego (pp. 207-227) se centra en una parte importante de la producción historiográfica del reinado de Isabel y Fernando: la de Fernando del Pulgar, autor de la *Crónica de los Reyes Católicos* y de los *Claros varones de Castilla*. De la primera destaca su propósito de veracidad en la narración, su concepción ciceroniana de la historia unida a su gusto por el *ornatus* (tomando como modelos a Salustio y Tito Livio) y su encendida exaltación de la monarquía. De *Claros varones de Castilla* se subraya esa misma intencionalidad política en defensa de la monarquía a través de las biografías de aquellos personajes ilustres que han propiciado la situación actual del reino. Repasa Pérez Priego algunas de las semblanzas más relevantes del texto (con especial atención a Enrique IV) y recuerda la libertad que tuvo Pulgar al hablar de ellos, pues aunque fueron contemporáneos suyos ya habían muerto cuando apareció la obra.

María Grazia Profeti (pp. 229-247) dedica su artículo a analizar la presencia de los Reyes Católicos en el teatro de Lope de Vega, atendiendo a su temática y a la función de estos personajes dentro de la trama. Para ello ilustra su exposición mediante dos textos: *La hermosura aborrecida* (ejemplo de comedia ‘novelesca’) y *Fuente Ovejuna* (referente de la comedia ‘heroica’ y didáctica), comparando

finalmente el papel de los soberanos en ambas obras. La estudiosa italiana concluye esbozando las motivaciones que pueden hacer desaparecer la figura de Isabel y Fernando de estos textos, a medida que se van reelaborando con el paso del tiempo.

El profesor Nicasio Salvador Miguel (pp. 249-274) da un paso más, con el excelente artículo que presenta para la ocasión, en la ambiciosa tarea que se marcó hace ya algunos años: el estudio en profundidad de la figura de la reina Isabel de Castilla y de su entorno, lo que incluye, como es este caso, la investigación de aquellos episodios históricos que de una manera u otra condicionaron su futuro. Partiendo de estas premisas, Nicasio Salvador nos desvela las circunstancias del divorcio entre Enrique IV, hermanastro de Isabel I, y doña Blanca de Navarra; y para facilitar la comprensión de estos hechos nos relata, con esa prosa tan característica que convierte en amena lectura el resultado de una rigurosa investigación, los avatares de ese matrimonio desde su gestación como pacto político entre el reino de Castilla y los reinos de Navarra y Aragón hasta su divorcio, también, en gran parte, como resultado de avatares políticos, pese a las justificaciones, tanto de cronistas posteriores como del propio don Enrique, sobre motivaciones de índole carnal. Profundizando en el proceso judicial previo a ese divorcio y en la posterior sentencia, la interesantísima exposición del profesor Salvador Miguel (jalonada, como es su costumbre, de oportunas referencias documentales y citas de las fuentes), nos ofrece las claves para entender las complejas implicaciones de la causa judicial y, a continuación, el autor nos explicita la doctrina médica que sustentó la explicación de la impotencia de Enrique IV, fundamental para la sentencia dictada que deja abiertas las puertas a un nuevo matrimonio, como efectivamente sucedió. En definitiva, estamos ante un apasionante capítulo más de las circunstancias que rodearon la juventud de la infanta Isabel y que marcarán no sólo su futuro, sino también el de los reinos peninsulares.

Cristina Segura Graño (pp. 275-291) propone un acercamiento al papel de la mujer en tiempos de Isabel la Católica y, más específicamente, de la mujer instruida. Partiendo de una valoración bibliográfica sobre la mujer a fines del siglo XV y comienzos del XVI, se introduce al lector en algunos ejemplos de ámbito europeo sobre mujeres letradas (como Christine de Pizan o Laura Cereta) llegando a Isabel I de Castilla de la que destaca aquí su interés por la educación de las mujeres que formaron su familia y su corte, que se refleja, a mayor escala, en su política cultural. Concluye con un breve repaso a la nómina de mujeres escritoras de los siglos XV y XVI y con algunas reflexiones en torno a la *Querrela de las mujeres*, reclamando una nueva valoración de estas mujeres instruidas en función de su pensamiento femenino, diferente al masculino predominante.

El profesor Joseph T. Snow (pp. 293-303), que ha consagrado a la *Celestina* tantos años de dedicación y estudio, nos ofrece un adelanto de sus últimas investigaciones sobre la recepción y difusión de *Celestina* en (como él mismo insiste en destacar) la corte de los Reyes Católicos. Tomando como punto de inicio las fechas de aparición de la *Comedia* y de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, puesto que ambos textos circularon ampliamente durante este periodo, recoge el manuscrito y las ediciones, traducciones al margen, que se difundieron y las escasas noticias sobre poseedores de ejemplares de la *Comedia* y la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Asimismo, hace referencia a las obras de herencia celestinesca difundidas desde 1501. Tras estos interesantes datos propone una explicación sobre la ausencia de documentación que acredite la presencia de *Celestina* en la corte de los monarcas españoles, algo que atribuye al contenido del texto que parece alejado de los principios morales que inspiran a los soberanos, aunque cree en la recepción de esta obra en la corte de Isabel y Fernando, pese a la citada ausencia de datos documentales. Concluye aportando una interpretación del lamento de Melibea por la muerte de Calisto como recuerdo de las exequias del príncipe don Juan.

En definitiva, y como ya adelantábamos al principio, estamos ante el magnífico resultado de aquellos lluviosos días de mayo de 2007 en la Universidad Complutense de Madrid, donde la iniciativa del profesor Nicasio Salvador Miguel logró reunir a un selecto grupo de especialistas que, junto a los miembros de su grupo de investigación, reflexionaron sobre diversos aspectos del hecho literario y la realidad cultural en la época de los Reyes Católicos y que, afortunadamente, ahora ven la luz reunidos en este volumen.

CRO, Stelio. *Mezzadri in Guerra*. Milán. Todariana Editrice. 2008, 210 pp.

Por Estela Smania

Con esta segunda novela Stelio Cro, “Hugh and Georgia Hagan Chair of Languages and Literatures” de King College, continúa su recreación novelada de la historia italiana moderna y contemporánea. Su primera novela, *Giulietta e Ali Baba*, que también reseñamos para esta revista de investigación hace unos meses, trataba de la historia de la familia Pallante y, a través de tres generaciones, sus miembros, abuelo y padre enrolados en los “Carabinieri” y el último, Omar Pallante, tercera generación, hijo de Francesco Pallante, caído en una emboscada terrorista, y de Miriam,

la hija única del Capitán Ibrahim Gheddafi, representaban los últimos decenios de atormentada historia italiana y, en buena parte, del occidente que aun no ha logrado asimilar los recién llegados pertenecientes a la cultura musulmana.

En *Mezzadri in guerra* (Campesinos arrendatarios en guerra), Stelio Cro retrotrae, con respecto a la primera novela, el marco cronológico a los años y meses de fines de la Segunda Guerra Mundial, con varias y documentadas referencias al inmediato posguerra en la provincia de Siena, en el sur de la Toscana. Raimondo Gorio, personaje, marco y yo narrador por gran parte de la novela, ha heredado de su tío, profesor Augusto, un baúl lleno de libros, de monedas, decoraciones militares, un puñal africano y otros objetos y, por encima de todo, papeles autógrafos, diarios, memorias, ensayos culturales, políticos y militares. Aprovechando las vacaciones fue a buscarlo a Siena, en casa de la tía Giuditta, la viuda del tío. Es en esa ocasión que los acontecimientos ocurridos en esos lugares catorce años antes, en plena guerra, se asoman a su memoria. Sandrina, la prima con la cual había experimentado un intenso amor adolescente, al punto que los dos habían planeado, al llegar a la edad de casarse, pedirle al obispo la dispensa para el casamiento entre primos de primera sangre, aún estaría allí, en el hospital, en coma permanente durante todos esos años. A su manera, Raimondo aún la quería y antes de salir de Siena iría a verla, se sentía emocionado, con el corazón que le bailaba en el pecho, en la espera de un milagro... que se volverá realidad.

Cuando Raimondo era niño, había perdido el padre, el piloto de aviación Mario Gorio, caído con su avión. Ahora su madre y la tía Giuditta de Siena, ambas viudas de los hermanos Gorio, se consolaban y lloraban juntas.

Leyendo la primera parte del diario heredado, Raimondo aprende que el tío había sido un exilado político en un pueblito calabrés, cerca de Locri, al que daba el nombre, real o ficticio, de Cataméde, porque había dicho de Mussolini que era un queso “provolón”. Entre otras cosas, en Cataméde, adoptado por la gente local con quienes había hecho amistad, había aprendido el significado de la Inossa, una ondulación ágil y seductora del vientre de las mujeres, costumbre que se remontaba a la Magna Grecia. Habría vuelto a Siena después de la Liberación y, poco después, habría muerto de una enfermedad misteriosa que lo había llevado a la demencia.

En enero de 1944 Siena había sido bombardeada por los aliados. La diplomacia alemana había tratado en vano de hacer declarar “Siena ciudad abierta”. La población había quedado anonadada por los bombardeos, sin pensar que había sido Italia, aliada de Alemania, a declarar la guerra a medio mundo y que Siena al presente era gobernada por un “Podestà” (Gobernador) fascista, colaborador de los alemanes que después del 8 septiembre habían actuado según su manera habitual: había

desarmado parte de los *carabinieri*, confiscado víveres y medios de transporte, rodeado la ciudad en una tenaza de acero y cañones, favorecido la formación del ejército “republiquino”, producto de la así llamada República de Saló.

En Siena, en la provincia, en la Val d’Orcia, en la Toscana meridional, en el Lacio septentrional se encontraron todas las fuerzas en la lucha: los alemanes que ocupaban la región, los “republiquinos” aliados de los alemanes, cazadores (cazados) de los partisanos de toda formación, ladrones de bienes y víveres, con sus prisioneros italianos, en fin las formaciones partisanas comunistas, accionistas, de otros partidos, en las que se habían enrolado los jóvenes que habían rehusado la conscripción, los simpatizantes, los *carabinieri* y los soldados que habían logrado substraerse de las patrullas alemanas, agentes rusos y españoles, paracaidistas aliados (ingleses o americanos), muchachos y muchachas, sobre todo campesinos arrendatarios, que veían sus medios de sobrevivencia confiscados, o entregados a los amigos del poder tiránico.

Todos trataban de evitar el enemigo, o de engañarlo con emboscadas, o de ser neutrales. De la solidaridad, de la complicidad y de las simpatías florecían amores espontáneos que los enamorados consideraban eternos (se casarían después de la guerra). Trampas y traiciones se sucedían sin cesar entre los enfrentamientos, que causaban escaramuzas, batallas y venganzas feroces, bañadas en sangre o causa de muertes precoces. Entre todos ellos se destacaba Salvatore Pallante, *carabiniere* como todos los Pallante, protagonistas de otra novela de Stelio Cro, *Giulietta e Alí Baba*. El muchacho Marco, hijo de padre fascista, que le pegaba con su cinturón si no bebía a la victoria de Mussolini, llegó a ser uno de los mensajeros más fiables de los partisanos, capaz hasta de fingir ser guía de los oficiales alemanes para distraerlos de otros objetivos. Junto con un “hermano” del Santa Maria della Scala atraviesa gran parte de Italia ocupada, desde Siena hasta Cataméde, en Calabria, donde aún vivía el profesor Augusto Gorio, realizando una especie de anábasis que se desarrolla en medio de aventuras, tiroteos, muertes y encuentros inesperados.

Un gran personaje era la Condesa Acquaviva de origen no italiana que muchos años antes, junto con el esposo, se había instalado en Val D’Orcia, y la habían desboscado restaurando un viejo castillo, una iglesia medio derruida, construyendo habitaciones para los *mezzadri* a quienes habían confiado el campo y hasta escuelas y un hospital para los hijos de los mismos *mezzadri*. El marido de la Condesa había muerto en Africa, en El Alamein. Durante esta guerra coral la Condesa y sus bienes se volvieron una especie de Cruz Roja por encima de las fuerzas enfrentadas. Ella daba a todos, recibía a todos y sabía cómo poner a los alemanes en su lugar. Quizás éstos sospechaban que la Condesa colaboraba con los aliados y los partisanos, pero

no podían enemistarse con ella porque en la Val D'Orcia era la que proveía los abastecimientos para los alemanes.

Un rol de la misma importancia desde el punto de vista asistencial, si no de abastecimiento, fue el de los "hermanos" del hospital Santa Maria della Scala, pertenecientes a una orden laica, aunque devota al catolicismo, que acogían y asistían a todos sin hacer encontrar a los enemigos.

Cuando en julio de 1944 finalmente llegaron los aliados, junto con los americanos había también neozelandeses, canadienses, polacos, muchos africanos y sobre todo los marroquíes del General De Gaulle que, siguiendo sus costumbres ancestrales de árabes de los desiertos africanos, creían tener derecho de violación y saqueo sobre la población. La Militar Police era severa con las tropas americanas que se emborrachaban y asaltaban a las mujeres, pero era inútil quejarse con los oficiales franceses por las violencias insoportables de los marroquíes. "C'est la guerre!", decían, con toda probabilidad aludiendo a la declaración de guerra de Italia contra Francia, después que ésta había sido derrotada por los alemanes.

En el exilio de Cataméde, en Calabria, el profesor Augusto Gorio leía el *De bello gallico* para cerciorarse de la lucidez mental del conquistador y legislador Julio César, y de lo ridículo y vergonzoso que era Mussolini que quería imitarle con su torpe plan de resucitar el Imperio Romano.

Éstos no son los únicos fragmentos en lengua extranjera de esta obra porque habrá griego, mucho inglés, español y otras lenguas, hasta el provenzal y el ladino friulano. Como su novela anterior, *Giulietta e Ali Baba*, esta novela *Mezzadri in guerra* no es solamente la historia de la liberación de Siena y de la Val d'Orcia, sino de tantos otros acontecimientos, concretos y abstractos, de la historia de Italia, del fascismo y de la futura Constitución Republicana, de la de los Estados Unidos de América, de la constitución de las naciones democráticas y no, en digresiones, evocaciones, anécdotas históricas y proletarias, elementos de varia cultura y humanismo que hacen de *Mezzadri in guerra* lo que los alemanes se refieren como un *Bildungsroman* (novela de la formación del alma).

En la obra de Stelio Cro se percibe un afán de renovación. Con sus dos novelas el autor nos ha dado un modelo que mira a un plan ambicioso: renovar una cultura que, después de la estación feliz del neorrealismo que incluye narradores del calibre de Moravia, Pavese, Bassani y Pasolini, entre otros, ha perdido su norte, tan ligada estaba a la ideología de izquierda. El tratamiento de temas políticos se deja a los periódicos que no se interesan en ir a fondo, preocupados excesivamente por el consumismo que domina todas las actividades del entorno social, como por supuesto son los medios de comunicación. *Mezzadri in guerra* nos da varios ejemplos de esta percepción y de la necesidad de volver la mirada al pasado para entender nues-

tro presente. En uno de los pasajes que definen esa visión retrospectiva dos personajes, el exilado profesor Augusto y su nueva amiga Carmela discuten el desembarco inminente de los americanos en Sicilia. La conversación compara la herencia democrática de los americanos y su poco conocimiento de Italia. Carmela lee el texto de la Declaración de la Independencia del 4 de julio de 1776. A esta lectura sigue el siguiente diálogo:

Augusto: --Es un texto que parte de una denuncia contra la injusticia del Monarca inglés, acusado de acciones propias de un tirano. Más aún porque la premisa, que quiere justificar la denuncia, es que todos, hombres y mujeres, han sido creados iguales y que Dios mismo ha dado a cada uno de nosotros ciertos derechos inalienables. En ese documento fundacional de la nación americana se citan tres, entre otros, que son la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Es decir, Carmela, al citar estos derechos se sobreentienden otros, pero en la selección de esos tres hay una intención exacta para que el Monarca acusado de tirano perciba que los americanos han llegado a la conclusión que él ya los ha quitado a sus súbditos de sus trece colonias, ya definidas en el documento como "Trece Estados de América" (...) Estas trece ex-colonias han aprobado la Declaración de Independencia el 4 de julio de 1776, han derrotado los ejércitos del Rey de Inglaterra, enviados por éste para someterlas por la fuerza y, doce años después, han redactado, aprobado y firmado la Constitución. Querida Carmela, éste es el pueblo que está a punto de invadir nuestro país. Es un gran pueblo y nuestra ignorancia del mismo es un drama en esta circunstancia. Pensar que nuestro Gobierno ha tenido la aberración de declarar guerra a este gran pueblo, sin ningún motivo, deberá calificarse como la más extraña de las locuras de la historia italiana.

Carmela: --Lo peor es que los Italianos aún no se han dado cuenta.

Augusto: --Verdad. Nuestro deber será el de facilitar a nuestros libertadores la tarea de destruir el poderío militar nazista. Luego, según Dios quiera, tendremos tiempo de reflexionar sobre la increíble locura de la guerra querida por Mussolini.

Carmela: --"We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain inalienable Rights, that among these are Life, Liberty and the pursuit of Happiness". Es poesía pura. Es el momento en que la verdad y la política se funden en poesía.

Augusto: --Sería lindo traducir este párrafo ya clásico en latín. Veamos: "Haec veritates hipsae evidentes credimus: omnes creati aequales a Creatore, iura inviolabilia dati, inter ea vita, libertas felicitatisque quaestio sunt". Es la única lengua que se acerca al original inglés.

Carmela: --No hay que olvidar que el redactor, Thomas Jefferson, era un ávido lector de los clásicos.

Augusto: --Habrà que resistir la tentación de olvidar la carga idealista de estos conquistadores, por las malas nuevas que acompañan sus tropas, de su comportamiento con los prisioneros de guerra y con la población civil, sobretudoo con las mujeres.

Carmela: --C'est la guerre.

Augusto: --(...) tendríamos necesidad de un legislador a la altura de la situación.

Carmela: --Thomas Jefferson y sus colegas leían latín y griego, además de varias lenguas modernas, entre las cuales el italiano. Pero en esa época los aristócratas recibían una educación selecta. Hoy ya no. Como dice el autor de *La rebelión de las masas*, el nivel cultural ha bajado y no se puede contar sobre la comprensión entre personas que antes, aunque pertenecientes a países distintos, hablaban la misma lengua y creían en los mismos valores ideales y espirituales.

Augusto: --Otra plaga intelectual que nos ha dejado el fascismo ha sido la de tergiversar la historia. Según la versión oficial fascista, difundida en las escuelas de Italia, América ha sido borrada de la información italiana durante más de veinte años y ha sido representada como un país en decadencia, entregado a la satisfacción de los placeres materiales. Ninguno de los grandes escritores americanos modernos, como Hemingway, o Scott Fitzgerald, o Faulkner ha sido traducido. Ninguna de las grandes películas que han dado la vuelta al mundo se ha proyectado en Italia. Obras como *Lo que el viento se llevó*, *Casablanca*, *La ciudad de los chicos*, *Yankee Doodle Yankee*, que tuve la oportunidad de ver en Nueva York antes de la guerra, jamás se han admitido en un cine italiano.

Carmela: --La censura fascista ha empobrecido la cultura italiana con su política restrictiva y localista.

Augusto: --La obra de reconstrucción tiene que comenzar por la Constitución, es más, desde la Declaración de los derechos que debería encabezarla, exactamente según el modelo americano.

Años después, Raimondo vuelve con Sandrina, que ha milagrosamente sanado y vuelto de su coma y que ahora lo acompaña en una especie de peregrinaje de los lugares que vieron la tragedia de la guerra. Es la última página de *Mezzadri in guerra* y, como en tantas otras de esta novela, se percibe un aliento poético que evoca la paz y la serenidad:

He visitado el cementerio de campo de los Condes Acquaviva. Allí descansan también mi padre Mario y mi tío Augusto Gorio, acogidos por la piedad cristiana de la Condesa que los ha querido vecinos a sus *mezzadri*, a Beppe y a Lucía, partícipes todos ellos en la difícil y gozosa obra de la regeneración civil de la patria. Allí descansan también los Condes Acquaviva. El cementerio es cuidado por la municipalidad a la que la Condesa ha dejado un fondo generoso para cuidar la extrema demora de sus muertos. Es una oasis de paz. Las rivalidades y las pasiones se han disuelto en los brazos del Señor. Los muertos viven de las memorias de sus queridos y de la admiración solemne de los que cultivan el recuerdo de su coraje y de su sacrificio. Nos sentamos con Sandrina sobre el umbral del portal aspirando el olor de los cipreses que rodean esa extrema demora. Entreabro los ojos. En el silencio siento el viento entre los cipreses cimbreantes como arcos tendidos por las olas de recuerdos. Siento como si las almas de los difuntos se disponen en un círculo armónico en cuyo centro Beppe y Lucía emprenden un baile ligero y elegante al que se unen en danza coral los otros

personajes hermanados por su conciencia común: padre Renato, Salvatore, mi padre Mario, mi tío Augusto, los Condes Acquaviva, Rosita, Memmo, José y tantos *mezzadri* en guerra y ahora en paz, héroes gloriosos y anónimos para las generaciones que descubrirán de nuevo el sentido de la vida gracias a su ejemplo, luz perenne de civilización.

SANTIAGO CASTELO, José Miguel. *Quilombo*. Prólogo de Anselmo Martínez Camacho. Sevilla. Editorial Point de Lunettes. MMVIII, 100 pp. (Colección El Cáliz verde, nº 9).

Por Julio Escribano Hernández

He leído con curiosidad y satisfacción la poesía de Santiago Castelo desde la época de la transición, cuando el poeta cumplía los treinta y un años, trabajaba en ABC y quien esto escribe oía decir a Sainz Rodríguez tras la lectura de alguno de sus escritos “este Castelo es muy inteligente”. Realmente el ilustre académico había seguido el buen hacer del vate extremeño desde su ingreso en dicho diario, sobre todo, desde que fijó su residencia en Madrid tras su exilio lisboeta y seleccionaba los artículos más significativos de la prensa española.

En contacto con la obra de Castelo he podido comprobar el realismo de la afirmación de mi maestro. Son ya varias las publicaciones que lo atestiguan, entre las que quiero destacar sus libros de poesía: *Tierra en la carne* (1976), *Memorial de ausencias* (1979), *Monólogo de Lisboa* (1980), *La sierra desvelada* (1982), *Cruz de Guía* (1984), *Cuaderno de Verano* (1985), *Como disponga el olvido* (1986), *Siurell* (1988), *Al aire de su vuelo* (1993), *Habaneras* (1997), *Hojas cubanas* (1998), *Cuerpo cierto* (2001) y *La huella del aire* (2004). Con la lectura de este último, verdadera antología de su poemario, pensé que Santiago Castelo había agotado su quehacer poético, pero he quedado sorprendido con la aparición de *Quilombo*, libro intonso prologado por Martínez Camacho, que armoniza en cuatro apartados su riqueza creadora: el espejo empañado, sonetos de la desventura, soledad del paisaje y la otra vuelta.

Al abrirlo al azar, sin usar el abrecartas, leo el bello soneto a Su Majestad la Reina Doña Sofía: “*Gracias, Señora, por la luz y el aire, / por la paz, la quietud y la sonrisa, / porque tornáis la tempestad en brisa / y la preocupación la hacéis donaire*”. Este comienzo no podía concluir sino con la admiración expresada en los últimos versos del terceto: “*¡Dichoso el pueblo aquel cuya cultura / vive en su Reina la razón de España!*”

Guiado por la belleza de este soneto abro con cuidado los sonetos de la desventura y quedo fascinado con la lectura siguiente: *“Hoy tengo ganas de llorar. No siento / ningún dolor ni el alma me atenaza / con temor a un olvido. La amenaza / quizás venga del sol, tal vez del viento / o de esta soledad que ya presiento / y que noche y locura el pecho enlaza. / Hoy me siento morir y a nadie alcanza / saber la clave de mi abatimiento. / Sólo sé que no estás. Que ya no vienes, / que la casa anda a solas. Que no tienes / tu lugar ocupado en la almohada. / Que Dios está empapando mi amargura / con esta sed de llanto y de ternura / y yo no sé qué hacer con tanta nada.*

También declara con la misma estructura su amor a Salamanca, al vino de pitarra y a los buenos amigos, como lo hiciera en 1993 para referirse a San Juan de la Cruz con los quince sonetos que publicó la Junta de Castilla y León bajo el título *Al aire de su vuelo. “Te debo tanto y tanto, Salamanca...”*, pues te debo el amor ahora que estoy perdiendo tantas cosas y en esa grata ola me envolviste siempre. Al vino de pitarra, antiguo sabor de Extremadura, lo califica como *“cimitarra de sol embotellada”*. Tiene presentes en los poemas a sus amigos José Iglesias, Guillermo Luca de Tena, Juan Bazaga, Maruja Vozmediano, Diego y Elena, Cintia y Manolo, Isabel Villar, Martínez Camacho, Antonio Burgos, Rafael Sampere, Francisco Pedraja, Lorenzo Medel, Antonio Gallego, Ortega Muñoz, Pepe Bornoy, Manuel Gahete, Justo Vila, Julio Bocca, Mariano Fernández-Daza, Juan de Ávalos y a otros muchos, siempre en su memoria.

Descansando del soneto, en décimas singulares deja el retrato de algunos de estos amigos como en la repentizada en Trujillo en un homenaje al Marqués de la Encomienda, el bibliotecario de la Real de Extremadura fallecido en el verano de 2007: *“Es un intelectual. / Es un hombre claro y bueno, / con un corazón sereno / y un alma de liberal. / Es noble a carta cabal / y es el libro más abierto / y el humanismo más cierto / y más fiel de Extremadura, / en quien se hizo encarnadura / todo nuestro ayer despierto”*.

Cada verso es una preciosa tesela en el mosaico que forma *Quilombo*, adornando el templo espiritual de Santiago Castelo, donde la vida y la muerte, el amor y el dolor, la fe y la esperanza se dan cita y se ponen a los pies del Cristo de la Buena Muerte de Don Benito, “hermano” del Cristo del Humilladero de Granja de Torrehermosa para acompañar a la Virgen de la Soledad de Villanueva de la Serena en el probado Viernes Santo de la tierra extremeña, “suelo desnudo y crucificado”.

Esperamos que la bondad de Santiago Castelo, tan cercano a todos con su palabra exacta y jovial, continúe enriqueciendo el preciado tesoro de nuestra lengua y nos permita compartir como lectores la belleza que estrena en cada poema.

MARTÍNEZ RICO, Eduardo. *Cid Campeador*. Madrid. Imágica Ediciones. Historia Mítica. 2008, 251 pp.

Por Julio Escribano Hernández

Los méritos del joven escritor Eduardo Martínez Rico, doctor en Filología Hispánica, profesor de Periodismo de la Universidad del Instituto de Empresa y autor de cinco obras de ágil expresión literaria, lo colocan en buena posición para emprender la aventura de la novela histórica, el relato breve y el artículo de viajes que desarrolla con maestría. Sus libros *Umbral: vida, obra y pecados* (2001), *Umbral. Las verdades de un mentiroso ilustre* (2003), *Alberto Vázquez-Figueroa o la aventura* (2004), *Pedro J. Tinta en las venas* (2008), *La guerra de las galaxias, el mito renovado* (2008) y su novela histórica sobre el Cid muestran su categoría de periodista en el sentido más pleno de la palabra.

Su libro sobre Rodrigo Díaz de Vivar nos presenta al Cid con su ejército a las puertas de Valencia. Es la segunda vez que acomete la conquista de la ciudad, porque ya se la arrebataron anteriormente. Ha acampado en el barrio de la Alcudia preparando el ataque. La novela alterna los preparativos de este ataque y su ejecución con una visión retrospectiva de la vida del Cid y de los principales personajes que lo acompañaron: su gran amigo Sancho el Fuerte, Rey de Castilla, Alfonso VI, doña Urraca y por supuesto doña Jimena su esposa. Es la vida del Cid y la Historia de España del siglo XI.

Aparte de esto, hay otra historia: la protagonizada por la sultana Zobeida, señora de Bagdad, que ve cómo su ciudad es invadida por los persas del siglo VIII y tiene que escapar de allí. Pero con un tesoro, una joya de incalculable valor, un ceñidor de oro y pedrería que le regaló su marido Amín, el sultán de Bagdad. Zobeida viaja con el ceñidor por pueblos del Mediterráneo hasta llegar a España. Pero esto sucede dos siglos antes de que nazca el Cid. Tan singular joya desencadena la codicia de los poderosos de la época medieval, entre ellos el Cid, y como tantas veces acontece se la protege con el miedo: se dice que está maldita, que sólo con tocarla ocasiona dolorosa enfermedad e incluso condena a la muerte violenta a sus poseedores.

En el libro aparece claramente definida la historia del Cid, la Historia del siglo XI español, la conquista de Valencia y el relato de la joya de la sultana Zobeida. Son los cuatro ejes de esta novela de aventuras, verdadera novela histórica, pero que también ofrece algo más. Es una reflexión sobre los hombres, sobre la época del Cid y sobre el poder. Como en la mayor parte de las novelas de este género no se debe buscar en ella la exactitud total, mutilando la imaginación del escritor rigu-

rosamente documentado. Martínez Rico reconoce en la “Nota final” del libro que el Cid lo ha acompañado durante toda su vida y que su profesor de Literatura Medieval, Amancio Labandeira, lo animó desde el primer curso de la carrera a escribir una novela sobre Rodrigo Díaz de Vivar y puso a su disposición la más selecta y desconocida documentación entre la que destaca el *Cantar de Mio Cid*; las *Moçedades de Rodrigo*, de Guillén de Castro; el *Cid* de Corneille; el *Cid, el último héroe*, de José Luis Olaizola; el *Cid* de José Luis Corral; las biografías de Richard Fletcher, de Gonzalo Díez Martínez y *La España del Cid*, de R. Menéndez Pidal. Sin embargo, la riqueza documental en ningún momento ha frenado el estilo ágil y ameno del periodista, que confiesa que su libro es una “novela” y no “Historia” árida, nacida de ilegibles documentos. Por tanto, cuenta con anacronismos y conscientes errores ocasionados por la imaginación legendaria.

El género de la novela histórica, tan popular hoy, y cuyos orígenes son tan remotos, siempre ha tenido bastantes lectores; sin embargo, han sido pocos los escritores que han terminado una novela histórica, y menos aún los que han logrado algo interesante, porque una novela histórica lleva consigo un enorme trabajo, un gran esfuerzo, una inmersión profunda en la época, en los personajes y en todo lo que les rodea. Una inmersión tan profunda no tiene por qué agotar los incontables materiales a disposición del novelista, sino que debe facilitar la fusión del escritor y el lector con los hechos narrados.

Así, cuando el novelista demuestra que se ha introducido en ese mundo como si fuera el suyo y lo hace vivo para el lector en las páginas de la novela, ha triunfado en su empeño. Y esto es lo que ha conseguido Eduardo Martínez Rico, transmitiendo con sus palabras la pasión, que siente, porque está patente en este libro, aunque sin perder la serenidad del hombre culto para distinguir todos los puntos oscuros de su historia.

Muestra una gran comprensión por Rodrigo Díaz de Vivar, Jimena, Alfonso VI, doña Urraca y también por los moros, desde los reyes de Taifas hasta el imparable Ben Yuçuf, el jefe almorávide, que viene de África para conquistar España y Europa, si le dejan. Aunque, por supuesto, los malos son los malos, como en toda buena novela de aventuras.

Cid Campeador muestra la influencia de todos los grandes narradores del género. Se ve el aire, a veces, de un Walter Scott, de un Robert Louis Stevenson, y por supuesto de Alejandro Dumas. El arranque de la novela, la reconciliación entre Alfonso VI y el Cid, a las puertas de Toledo, nos recuerda a Scott y los elementos más novelescos de la obra de Alejandro Dumas; pero también hay influencias contemporáneas: la de Alberto Vázquez-Figueroa, la de Arturo Pérez-Reverte y otros autores que sin duda el autor ha leído con aprovechamiento. A Vázquez-Figueroa

lo denomina “uno de los maestros con los que te regala la vida” y del doctor Amancio Labandeira dice que ya le animaba a escribir esta obra en primero de carrera, lo que demuestra que hay profesores valorados por sus alumnos y discípulos que tienen muy en cuenta las indicaciones de sus maestros.

Cuando un escritor joven irrumpe en el mercado editorial –Martínez Rico publicó su primer libro a los 25 años y ahora tiene 32–, no podemos hacer otra cosa que saludarlo calurosa y cordialmente. La literatura es muy sacrificada, y sin duda Martínez Rico habrá hecho muchos sacrificios para estar donde está. En nuestra modesta consideración está más que alto, y por eso recomendamos *Cid Campeador* a todo tipo de público –quizá a partir de la edad adulta–, y de todos los niveles culturales. Aquí también hay un esfuerzo por explicar cosas muy complicadas de la forma más sencilla posible; pero sobre todo un esfuerzo por desenvolver y mostrar el siglo XI, la figura del Cid, sus amigos y enemigos, las batallas... de la forma más amena, documentada y divertida. Y que sean otros los que señalen sus defectos, porque ha sido un gran placer para mí leer esta nueva historia sobre Rodrigo Díaz de Vivar.

MARTÍNEZ RICO, Eduardo. *La guerra de las galaxias. El mito renovado*. Prólogo de Agustín Sánchez Vidal. Entrevista con Luis Alberto de Cuenca. Madrid. Imágica Ediciones, S. L. Alberto Santos Editor. 2008, 284 pp.

Por Julio Escribano Hernández.

Martínez Rico inicia este estudio sobre *La guerra de las galaxias*, tema de los que más le han apasionado desde su infancia, presentando a George Lucas, el creador de la saga, como guionista, productor y director. Este hombre aparentemente contradictorio ha logrado un verdadero imperio cinematográfico con su modo original de hacer películas artísticas combinando imagen, sonido y guión en un estudiado montaje, que desde siempre ha sido su afición y especialidad. Sus intereses, patentes en toda la obra, son la religión, la historia y la política. “He intentado –declaraba al comenzar el tercer milenio– decir de manera muy simple que hay un Dios, y un lado bueno y un lado malo, y tienes que escoger entre los dos, pero el mundo funciona mejor si estás en el lado bueno”. George Lucas, el director que ha aplicado al cine las más sofisticadas tecnologías, es estudiado por el autor de este libro que ofrece un cuidado daguerrotipo de su obra y personalidad.

En el siguiente apartado, al que dedica 43 páginas, presenta la gran historia de *La guerra de las galaxias* donde se une lo antiguo y lo contemporáneo en el desarrollo de los siguientes epígrafes: *Un cuento de hadas, una narración tradicional; La primera trilogía, los orígenes de la saga; La amenaza fantasma, una diferencia esencial; La economía, la política y el mito; Un niño diferente; Dos grandes relatos paralelos; El ataque de los clones, una historia romántica; La preparación del gran conflicto; Una declaración de amor entre las fieras; La unión de todas las tramas: La venganza de los sith; La revelación del terror absoluto; ¡Tú eras el elegido!; El “nacimiento” de un nuevo señor del lado oscuro; Lucas sobre La venganza de los sith; La guerra de las galaxias y el inicio de la aventura; Una bella mujer pide auxilio; La nave más famosa del cine; Una historia llena de paralelismos; El encuentro con Darth Vader; Han y Luke, una amistad en evolución; El fin de la Estrella de la muerte; El Imperio contraataca o el triunfo de la amistad y el amor; Luke y Vader se enfrentan por primera vez; Una amenaza para el Emperador; Un final abierto; El retorno del jedi, la madurez de Luke y el supuesto final del Imperio; Tatooine, Han Solo prisionero de Jabba; Un jedi regresa; Yoda; El “santuario” de Endor y una batalla múltiple y La apoteosis de los héroes.*

En el tercer apartado, bajo el título de *Materia diversa*, se analiza la mítica de esta saga de la guerra de las galaxias, deudora sin duda de inspiraciones literarias, cinematográficas, académicas, históricas, religiosas y culturales. George Lucas ha creado un verdadero mito avalado por la extensa documentación usada para la elaboración del guión de un sueño despersonalizado que se puede adaptar a cualquier sueño humano. Martínez Rico comenta cada una de estas fuentes inspiradoras de la fantasía espacial heroica: *Space operas y westerns, la otra cara de la ciencia ficción y el mito; La historia perpetuamente renovada: el monomito; Flash Gordon y un material enormemente heterogéneo; Jedi y samuráis, místicos y caballeros; La combinación de lo antiguo y lo moderno; La actualidad atemporal de La guerra de las galaxias; Lucas, el hombre que ha sabido leer la historia; Vietnam, Nixon, un relato escrito hace treinta años; Un arquetipo histórico, una historia que habla desde el pasado; La política como clave; Un apasionado de la historia*, y tras el análisis de cada uno de estos enunciados concluye con el interrogante *¿Un estudio de interpretación histórica?*

El cuarto apartado analiza el elemento místico y religioso de la obra de Lucas: la Fuerza, el bien contra el mal. “La Fuerza –afirma Martínez Rico– es una idea muy familiar para los seguidores de la saga galáctica; en realidad lo es para un universo mucho más amplio, porque sus reminiscencias nos llevan, aunque sea inconscientemente, a sistemas religiosos y cosmológicos presentes en la cultura humana desde el principio de los tiempos, sobre todo orientales”.

En el quinto capítulo completa y sistematiza los personajes de la saga bajo estos títulos: *La mujer en La guerra de las galaxias*, y *Padmé-Leia*; *Una comunicación maravillosa*; *En oposición a como opera la naturaleza*; *La acción política, la diplomacia*; *Apariciones fugaces de lo femenino*; *Shmi, la madre del predestinado*; *Una tía cariñosa y comprensiva y una asesina a sueldo*; *Los droides, asistentes y graciosos*; *El valor humano de las máquinas*; *El elemento cósmico de la saga*; *El hombre y la máquina, ¿en conflicto?*; *Obi-Wan Kenobi, el tío que todos queríamos tener*; *Obi-Wan, ideal jedi*; *Yoda, la esencia jedi*; *¿Un gran guerrero?*; *Yoda, la sabiduría*; *Han Solo o la amistad*; *Han Solo, una idea desarrollada por Lucas* y termina con *Un personaje real y cotidiano, un héroe para una época*.

El capítulo sexto considera *La guerra de las galaxias* como una historia mítica donde funcionan los diferentes periodos del relato, vivos y presentes en nuestra cultura: la llamada de la aventura, la iniciación, el encuentro del tesoro, la sabiduría, el amor, la vuelta a la civilización, el recuerdo del episodio que perdura a veces fosilizado en la sociedad. Los mitos siguen sustentando y apuntalando en la cultura humana la poesía, la pintura, la novela, el cine, la música, e incluso, al teatro más realista para ofrecer una explicación de la realidad y hallar su sentido. Ofrecen enseñanzas, modelos de conducta, verdades apodícticas. En *La guerra de las galaxias* se encuentran los elementos que conformaron los mitos más antiguos: la narración, la nostalgia por un héroe perdido, una épica individual y colectiva patente en el esfuerzo del protagonista y de la comunidad, la aparición de la tragedia, la apertura a la trascendencia, las alegorías, los ritos. Tras un análisis del mito en la historia de la humanidad lo aplica Martínez Rico a *La guerra de las galaxias* “impregnada –según palabras del autor– de un mensaje hermoso, positivo, de gran fuerza en su sencillez; el mensaje más aprensible, más comprensible, es el que nos brinda Anakin durante toda su vida (...) tanto en su personalidad primera como en su caracterización de Darth Vader”. Ve en él al héroe de las mil caras de Joseph Campbell, al héroe tribal y universal, al del triunfo microscópico y macroscópico, al héroe del eterno retorno que vuelve a un mundo normal, incapacitado para empalmar con la sabiduría del aventurero.

Como cierre de este completo estudio sobre *La guerra de las galaxias* redacta el significativo capítulo séptimo con el marbete *Elementos finales*, que resumen las principales funciones de cualquier mitología como enlace del inconsciente colectivo, que hace posible la convivencia humana. Entre estos elementos están los arquetipos que encarnan la completa personalidad del héroe (Anakin y Luke), el maestro, la lucha del bien y del mal, el camino de perfección, el viaje, el regreso... También queda el descubrimiento de las antiguas formas de narrar, tradición que nos conduce a la convergencia de nuestra memoria colectiva de la que sólo tenemos noticia

por testimonios míticos. “A veces –comenta Martínez Rico– el mito asemeja a la radiografía de nuestro inconsciente, lo que no vemos pero se manifiesta, lo que sólo conocemos por la realidad exterior”.

Este documentado estudio nos introduce en el mundo simbólico de *La guerra de las galaxias* tanto con la redacción del tema y la seleccionada bibliografía como con las imágenes escogidas que ilustran el libro y descubren el amplio conocimiento del autor en cualquier mitología. Martínez Rico ha logrado un trabajo serio y ameno, con una documentación y un enfoque riguroso que permite pensar y repensar la obra de George Lucas.